



V

Tanit

—



Al salir de los jardines, les detuvo la muralla de Megara. Descubrieron una brecha y pasaron.

El suelo formaba pendiente. Estaban en una gran plaza.

—Escucha,—dijo Spendio,—y no temas nada; cumpliré mi promesa...

Se interrumpió; pareció reflexionar y medir sus palabras.

—¿Te acuerdas de aquel día, en que, al nacer el sol, te enseñaba yo la ciudad hundida bajo nuestros pies? ¡Aquel día éramos fuertes, y no quisiste escucharme!

Luego, añadió con voz grave:

—Amo en el santuario de Tanit, hay un velo misterioso caído del cielo, que envuelve el cuerpo de la diosa.

—Ya lo sé,—dijo Matho.

Spendio añadió:

—Ese velo es divino, pues forma parte de la diosa. Los dioses viven donde están sus atributos. Cartago es poderosa porque le posee.

Inclinándose entonces á su oído, añadió:

—¡Te he traído conmigo para robarlo!

Matho retrocedió horrorizado:

—¡Vetel ¡que otro te ayude! no quiero realizar esa acción execrable.

—Tanit es tu enemiga,—replicó Spendio,—te persigue y te matará. Haciendo lo que te digo podrás vengarte. La diosa te obedecerá. Serás inmortal é invencible.

Matho bajó la cabeza, el otro continuó:

—Sucumbiremos; el ejército mismo quedaría aniquilado. ¡No podemos ni huir ni esperar socorro ni perdón! ¿Qué castigo puedes esperar de los dioses, si tienes su fuerza entre las manos? ¿Prefieres mejor una derrota, ó perecer á manos del populacho, ó sobre un cadalso? Amo, un día entrarás en Cartago al igual de los pontífices que besarán tus sandalias; entonces, si el velo de Tanit te pesa aún, podrás devolverlo á la diosa. Sígueme, vamos á tomarlo.

Un gran deseo devoraba á Matho, hubiese querido apoderarse del velo absteniéndose del sacrilegio. Se decía que quizás no era necesario poseerlo para obtener el poder que confería.

—Vamos,—dijo, y se alejaron con paso rápido, uno al lado del otro sin hablar.

El terreno se elevaba y estaban cerca ya de las casas. Caminaban por entre callejuelas sumidas en tinieblas. En una plaza veíanse camellos que rumiaban junto á unos montones de yerba. Pasaron luego bajo una galera cubierta de enredaderas. Ladraron algunos perros. De repente, se ensancharon las paredes y vieron que estaban cerca de la parte occidental de la Acrópolis. Al pie de Byrsa ha-

bía una gran masa negra: era el templo de Tanit que formaba un conjunto de monumentos y jardines de patios y antepatios, rodeado de una pared de piedras sobrepuestas. Spendio y Matho salvaron aquella pared.

Aquel primer recinto encerraba un bosque de plátanos que se plantó por precaución contra la peste y la infección de la atmósfera. Aquí y allí había tiendas en las cuales, durante el día se vendían pastas epilatanias, perfumes, trajes, dulces en forma de luna, é imágenes de la diosa representada dentro del templo.

Nada debían temer, porque las noches en que el astro no aparecía se suspendían todos los ritos. Sin embargo Matho acortó el paso y se detuvo junto á los tres peldaños de ébano que daban paso al segundo recinto.

—¡Adentro!—dijo Spendio.

Granados, almendros, cipreses y mirtos, inmóviles como si fuesen de bronce, alternaban unos con otros. El suelo pavimentado de guijarros azules, crugía bajo sus pasos y guirnaldas de rosas pendían á lo largo del camino. Llegaron á un agujero oval que tenía una reja.

Entonces Matho, á quien aquel silencio espantaba, dijo á Spendio:

—Aquí es donde se mezcla las Aguas dulces con las Aguas amargas.

—He visto todo eso en Siria en la ciudad de Maphug. Por una escalera de seis peldaños de plata, subieron al tercer recinto.

Un cedro enorme se veía en el centro. Sus ramas inferiores desaparecían bajo los collares y las ropas que habían suspendido los fieles. Dieron algunos pasos más y apareció la fachada del templo.

Dos largos pórticos cuyos arquiteabes descansaban sobre pilares muy gruesos, flanqueaban una torre cuadrangular que ostentaba en su plataforma una media luna. En

los ángulos de los pórticos y en las cuatro esquinas de la torre se elevaban grandes pebeteros llenos de perfumes. Toda suerte de adornos y dibujos de piedra alternaban en las paredes, y una valla de filigrana de plata formaba un ancho semicírculo delante de la escalera de cobre que bajaba del vestíbulo.

Había en la entrada entre una alta aguja de oro y otra de esmeraldas, un cono de piedra; Matho, al pasar por allí, se besó la mano derecha.

La primera sala era muy alta. Innumerables aberturas dejaban ver el firmamento. Al rededor de la pared, en cestas de caña había muchas barbas y cabelleras, primicias de los adolescentes. En el centro de una sala circular el cuerpo de una mujer salía de un estuche sembrado de ojos femeninos. Gorda, barbuda, y con los párpados caídos, parecía sonreír cruzando sus manos sobre el bajo vientre, liso y afinado por los besos de la multitud.

Alzando el vuelo se encontraron otra vez al aire libre, en un cielo azul, una columna transversal en que un altar de proporciones exóticas se apoyaba contra una puerta de marfil. No podía abrirse de allí; los sacerdotes solamente tenían el derecho de abrirla, pues un templo no es punto de reunión para una multitud, sino la vivienda particular de una divinidad.

—La empresa resulta imposible,—dijo Matho;—no había pensado en esto. ¡Volvámonos!

Spendio examinaba cuidadosamente las paredes. Quería el velo, no porque tuviera fe en su virtud, pues únicamente creía en el Oráculo, sino porque estaba persuadido de que los cartagineses al verse privados de él, temerían toda suerte de desdichas. Para encontrar salida, dieron vuelta al altar.

Bajo grupos de terebintos, veíanse edículos de distintas formas. Aquí y allá se elevaba un gran falo de piedra, y varios ciervos se paseaban tranquilamente por aquel es-

pacio empujando con sus pezuñas las piñas que habían caído al suelo desde lo alto de la copa de los árboles.

Retrocedieron por otro camino distinto entre dos largas galerías paralelas de las que se adelantaban unos pabellones. Tamboriles y címbalos pendían de sus columnas de cedro. Algunas mujeres dormían fuera de los pabellones sobre lechos de hojas. Sus cuerpos ungidos con aceites perfumados y ungüentos, exhalaban un olor como el de los pebeteros extintos. Estaban tan cubiertas de sortijas, de brazaletes, collares y tatuajes, que, sin el movimiento de su pecho se las tomara por ídolos tendidos en el suelo.

Matho se ahogaba en aquella atmósfera pesada en que se oía el violento perfume que exhalaban los tabiques y puertas de cedro. Aquel amontonamiento de símbolos de la fecundación, aquellos perfumes, aquellos alientos aromatizados le sofocaban. A través de los deslumbramientos místicos, pensaba en la Salammbó. La confundía con la propia diosa y su amor florecía como esos grandes lotos que crecen junto á los estanques profundos.

Spendio calculaba qué suma de plata ganara en otro tiempo vendiendo aquellas mujeres, y con una mirada ávida avaloraba, al pasar, los collares de oro.

El templo resultaba impenetrable. Spendio buscaba sin cesar y Matho, prosternado ante la puerta, imploraba á Tanit. Suplicábale que no permitiera tal sacrilegio. Trataba de amansarla con palabras cariñosas, como se hace con una persona irritada.

Spendio vió sobre la puerta una estrecha abertura.

—¡Levántate!—dijo á Matho, y le hizo poner arrimado á la pared.

Subió á sus hombros, á su cabeza, y bien pronto desapareció por el agujero.

Después Matho sintió el golpe de una cuerda con nudos que caía de lo alto. Trepó por ella y pronto se encontró cerca de Spendio en una gran sala oscura.

Semejantes atentados se reputaban imposibles. La falta

de vigilancia lo patentizaba. El terror, más que las paredes y las rejas, defendían los santuarios. Matho creía morir á cada paso que daba.

Una luz brillaba en el seno de las tinieblas; se acercaron á ella. Era una lámpara que brillaba en el pedestal de una estatua. Discos diamantinos esmaltaban su amplio ropaje azul, y cadenas, que se hundían bajo las losas, la agarrotaban los tobillos. Matho contuvo un grito: Balbuceaba: «¡Aquí está! ¡aquí está!»

Spendió tomó la lámpara para alumbrarse.

—¡Qué impío!—exclamó Matho; pero le siguió.

La sala en que penetraron no tenía sino una pintura oscura representando una mujer. Sus piernas llegaban hasta el techo; el cuerpo ocupaba todo el techo. De su ombligo colgaba un huevo enorme y la cabeza y los brazos caían hacia la pared opuesta, llegando hasta las losas, en qué parecían hundirse los dedos puntiagudos.

Para ir más adentro, levantaron una tapicería; pero sopló viento y la lámpara se apagó.

Entonces erraron á la ventura, perdidos en aquel dédalo de piedra. De repente sintieron bajo sus pies algo que tenía una extraña suavidad. Chispillas deslumbrantes brotaban por doquier; diríase que caminaban sobre fuego. Spendió se bajó y vió que el suelo estaba cubierto de pieles de lince; luego les pareció que una cuerda recia, fría y viscosa pasaba entre sus piernas. Algunas hendiduras de las paredes dejaban pasar claridades blancas. Adelantaban guiados por aquellas luces. Por fin vieron una gran serpiente negra. Se lanzó hacia las tinieblas, desapareció.

—¡Huyamos!—dijo Matho.—¡Es ella! ¡La he visto! ¡viene!...

—No,—contestó Spendió;—el templo está vacío.

Entonces una luz cegadora les hizo bajar los ojos. Advirtieron á su alrededor, en las paredes, infinidad de animales demacrados, anhelantes, con las garras pronto á desgarrar, confundidos y amontonados unos sobre otros

de tal manera que producían pavor. Las serpientes tenían pies; los toros alas; pescados con cabeza de hombre tragaban frutas; de entre las quijadas de los cocodrilos emergían flores, y los elefantes, con la trompa levantada pasaban orgullosamente en pleno azur, como águilas. Un esfuerzo terrible dixe tendía sus miembros incompletos ó multiplicados. Parecía que, con la lengua, quisieran sacar su alma. Todas las formas se hallaban allí, como si el receptáculo de los gérmenes, estallando en impensado ímpetu, se vaciara sobre las paredes de la sala.

Doce globos de cristal la alumbraban dispuestos en círculo, sostenidos por monstruos que parecían tigres. Sus pupilas eran salientes como los ojos de los caracoles y encorvando sus grupas poderosas miraban hacia el fondo donde resplandecía en un carro de marfil la Rabet suprema, la Omnífecunda, la última creada.

Escamas, plumas, flores, pájaros, la cubrían hasta el vientre. Llevaba por aretes unos címbalos de plata que golpeaban sus mejillas. Los grandes ojos fijos, miraban, y una piedra luminosa, engarzada en un símbolo obscuro, alumbraba toda la estancia, reflejándose sobre la puerta en espejos de rojo cobre.

Matho adelantó un paso; una losa cedió bajo sus talones, y las esferas rodaron y rugieron las fieras; una armonía semejante á la que producen los planetas girando eternamente en el espacio se elevó melodiosa y pura; el alma de Tanit se esparcía por el ámbito sagrado. Iba á levantarse, grande como la sala, con los brazos abiertos. De repente los monstruos cerraron las fauces y los globos de cristal no giraron.

Después una modulación lúgubre llenó los espacios y se extinguió por fin.

—¿Y el velo?—dijo Spendió.

No parecía. ¿Dónde estaba? ¿Cómo hallarle? ¿Le habrían ocultado los sacerdotes? Matho experimentaba una sensación desgarradora, como si su fe se hubiese extinguido.

—Por aquí,—dijo Spendio. Una inspiración le guiaba. Llevó á Matho hacia una hendidura, ancha de un codo, que había en la pared, detrás del carro de Tanit.

Penetraron en una salita circular, tan alta de techo que parecía el interior de una columna. Había en el centro una piedra negra, semi esférica, como un tamboril; sobre ella elevábanse llamas; un cono de ébano, con brazos y cabeza, estaba detrás.

Más allá resplandecía como una nube en que refulgían estrellas; entre sus pliegues aparecían mil figuras; Eschmun con los kabyros, algunos monstruos ya vistos, los animales sagrados de los babilonios, y otros que ni Matho, ni Spendio conocían. El velo pasaba como un manto bajo el rostro del ídolo y volvía á subir estendido hacia la pared á la que estaba sujeto por los ángulos, azul como la noche, amarillo como la aurora, purpúreo como el sol, inmenso, diáfano, centelleante, ligero. Era el manto de la diosa, el zaimph sagrado que no podía mirarse.

Palidecieron ambos.

—¡Tómalo!—dijo Matho.

Spendio no vaciló; apoyándose en el ídolo, arrancó el velo que cayó en tierra. Cogiólo Matho; después, pasó su cabeza por la abertura, se envolvió el cuerpo en él, y extendía los brazos para contemplarlo mejor.

—¡Vámonos!—dijo Spendio.

Matho respirando con fuerza, permanecía con los ojos fijos sobre las losas.

De repente exclamó:

—¿Si fuera á verla? ¡Ya no temo su bellezal! ¿Qué puede ahora contra mí? Ya soy más que un hombre. Puedo atravesar las llamas, puedo andar sobre el mar! ¡Salammbó! ¡Salammbó! ¡Soy tu dueño!

Su voz atronaba. A Spendio le pareció más alto y como transfigurado.

Se oyó ruido de pasos, se abrió una puerta y apareció

un hombre, un sacerdote con su alto casquete y su amplio manto. Tenía los ojos dilatados por el terror.

Antes que hubiese hecho un ademán, Spendio abalanzándose á él, le hundió en la espalda sus dos puñales. La cabeza chocó contra las losas.

Inmóviles como el cadáver permanecieron ambos escuchando. Sólo se oía el murmullo del viento por la entreabierta puerta.

Daba esta á un corredor estrecho. Spendio lo siguió, Matho también y pronto estuvieron en el tercer recinto, entre los pórticos laterales donde estaban las habitaciones de los sacerdotes; Spendio arrodillándose junto á una gran balsa de mármol llena de agua, en qué nadaban peces parecidos á los del jardín de Salammbó, lavó sus manos sangrientas. Las mujeres dormían.

Alguien, bajo los árboles, corría detrás de ellos; Matho que llevaba el velo, sintió varias veces que tiraban de él suavemente. Era un gran cinocéfalo, uno de los que vivían en libertad en el recinto de la diosa. Como si hubiera tenido conciencia del robo, se asía al manto. No se atrevían sin embargo á pegarle por temor de que gritase. De repente su cólera se apaciguó y les seguía balanceando el cuerpo y sus largos brazos. Al llegar á la barrera, de un salto, subiése á un árbol.

Cuando hubieron salido del último recinto, se dirigieron al palacio de Hamílcar. Spendio comprendía que era inútil querer convencer de lo contrario á Matho.

Tomaron por la calle de los Curtidores, la plaza de Muthumbal, el mercado de las Yervas y la encrucijada de Cynasyn. Al doblar una esquina, un hombre retrocedió asustado por aquel objeto centelleante que brillaba entre las tinieblas.

—¡Oculta el zaimph!—dijo Spendio.

Otros transeuntes cruzaron por su camino, pero no se fijaron en ellos. Por fin llegaron á las casas de Megara.

El faro que se levantaba detrás de ellos, al borde del

acantilado, iluminaba el cielo con su luz roja, y la sombra del palacio con sus terrazas superpuestas, se proyectaba en los jardines como una monstruosa pirámide. Entraron rompiendo con sus puñales el seto vivo que cerraba los jardines.

Todo guardaba aun las huellas del festín de los Mercenarios. Las plantas pisoteadas, los arroyuelos secos, las puertas del ergástulo abiertas. Nadie se veía junto á las cocinas y bodegas. Les estrañaba aquel silencio, interrumpido á veces por el resoplido ronco de los elefantes que se agitaban en sus parques y por la crepitación del faro en que ardía una pira de áloe.

Matho, de cuando en cuando decía:

—¿Dónde está? ¡Quiero verla! Llévame á su lado:

—Es una locura,—contestaba Spendio,—llamarás, aparecerán sus esclavos, y á pesar de tu fuerza, morirás.

Llegaron así á la gran escalinata de las galerías. Matho, levantó la cabeza, y creyó advertir en lo alto una claridad suave. Spendio, quiso contenerle pero aquel subió las gradas.

Al encontrarse en aquel sitio en que la había visto, el intervalo de los días pasados se borró de su memoria. Todo le hablaba de ella. El cielo, sobre su cabeza parecía incendiado; el mar, llenaba el horizonte. A cada uno de sus pasos una inmensidad mayor le rodaba, y continuaba subiendo con la estraña facilidad que se experimenta en los sueños.

El roce del velo que arrastraba sobre las piedras, le recordó su nuevo poder, pero en el exceso de su esperanza, se sentía tímido é irresoluto.

De cuando en cuando pegaba su rostro á las aberturas cuadrangulares de las habitaciones cerradas, y en muchas de ellas, creyó ver personas durmiendo.

El último piso, más pequeño, formaba una especie de dado en la cima de las terrazas. Matho, le dió la vuelta lentamente.

Una claridad blanquecina brillaba sobre las hojas de talco que tapaban las aberturas de la pared, que como estaban simétricamente dispuestas, parecían hilos de finas perlas incrustadas en la pared. Reconoció la puerta roja con la cruz negra. Los latidos de su corazón redoblaron. Hubiese querido huir. Empujó la puerta; se abrió.

Una lámpara en forma de galera, ardía suspendida en el fondo del cuarto y tres rayos que se escapaban de su cadena de plata, temblaban sobre el suelo: pintado de rojo con rayas negras. En el techo aparecía en el centro de los artesones, amatistas y topacios. En los lados más largos de la habitación había una cama muy baja formada de correas blancas.

Una grada de ónice rodeaba una gran balsa de alabastro, junto á la cual, se veían aun las huellas húmedas de una persona. Aromas esquisitos llenaban el aire.

Matho se deslizaba por las losas incrustadas de oro, de nácar y de cristal, y á pesar de la dureza del suelo, parecía que sus pies se hundían como si caminara por la arena.

Había visto detrás de la lámpara de plata una masa cuadrada de azur, suspendida en el aire por cuatro cuerdas que pendían del techo, y se adelantaba doblando el cuerpo, y con la boca entreabierta.

Alas de fenicópteros sujetas á mangos de coral negro estaban tiradas entre cojines de púrpura, cofrecillos de cedro, y espátulas de marfil. A los cuernos de antilope estaban pasados brazaletes y sortijas, y grandes vasos de arcilla, se refrescaban en las hendiduras de la pared sobre cañisos.

Muchas veces tropezó porque el suelo tenía distintos niveles, que formaban en la sala como una serie de habitaciones. En el fondo, balaustres de plata rodeaba un tapiz sembrado de flores pintadas. Llegó por fin junto á la cama suspendida, cerca de un escabel de ébano que servía para subir.

Pero la luz no alumbraba sino la orilla de la cama y solo se veía un ángulo del colchón rojo y la punta de un pie pequeño y desnudo. Entonces, Matho, acercó suavemente la lámpara.

Dormía con la mejilla apoyada en una mano, y con el otro brazo tendido. Las ondas de su cabellera se espaciaban con tanta abundancia alrededor de ella, que parecía tendida sobre negras plumas y su ancha túnica blanca llegaba hasta sus pies siguiendo las ondulaciones del talle. Entre los párpados entornados veíanse algo sus ojos. Las cortinas la envolvían en una atmósfera azulada, y el movimiento de su respiración, comunicándose á las cuerdas, parecía mecerla en el aire. Un mosquito zumbaba.

Matho, inmóvil sostenía con la mano la galera de plata, y de repente el mosquitero se inflamó desapareciendo y Salammbó despertóse.

El fuego se extinguió por sí mismo. La lámpara hacia oscilar en el pavimento sombras y aces de luz.

—¿Qué ocurre?—preguntó.

Matho, contestóle:

—¡Es el velo de la diosa!

—¿El velo de la diosa?—exclamó Salammbó. Y apoyándose en las manos, se inclinó hacia fuera estremeciéndose.

El libio añadió:

—He ido á buscarle para tí en las profundidades del santuario. ¡Mira!

El zaimph fulguraba despidiendo vivos reflejos.

—¿Te acuerdas?—decía Matho;—por la noche te me aparecías en sueños; pero no adivinaba la muda orden de tus ojos. Si la hubiera comprendido hubiese venido; habría abandonado el ejército. No saliera de Cartago. Para obedecerte bajaría por la caverna de Hadrumeto al Reino de les Sombras! Perdóname. No comprendía lo que me pasaba, pero algo me arrastraba hacia tí! Sin los Dioses, no me habría atrevido jamás!... ¡Marchemos! ¡Es preciso

que me sigas, si no quieres, yo me quedo! que me importa... Anega mi alma en el soplo de tu aliento. ¡Aplástense mis labios besando tus manos!

—Déjame ver,—decía Salammbó,—¡más cerca! ¡más cerca!

Amanecía. Las hojas de talco de las paredes aparecían teñidas de un color gris. Salammbó se apoyaba desfallecida en los cojines de la cama.

—¡Te amo!—gritaba Matho.

Salammbó dijo:

—¡Dámelo!—y se acercaba.

Se acercaba más y más cubierta con su simarra blanca que arrastraba, y fijos los grandes ojos en el velo. Matho la contemplaba deslumbrado por los esplendores de su cabeza y alargando hacia ella el zaimph, iba á abrazarla. Ella, abría los brazos. De repente se detuvo, y quedaron absortos contemplándose.

Sin comprender lo que solicitaba, sintió horror. Sus delgadas cejas se enarcaron, sus labios se entreabrieron; temblaba.

Por fin golpeó una de las páteras de cobre que estaban en los ángulos del colchón y gritó:

—¡Socorro! ¡socorro! ¡Atrás sacrilego! ¡Atrás! ¡Infame! ¡maldito! ¡a mí! ¡Taanach, Kroum, Ewa, Micipsa, Schavüll!

Apareció el rostro de Spendio asustado entre las jarras de arcilla, y lanzó estas palabras:

—¡Huye! ¡llegan!

Un gran tumulto llenó las escaleras, y una oleada de gente, mujeres, criados, esclavos, se lanzaron dentro de la habitación, blandiendo estacas, rompecabezas, cuchillos y puñales.

Quedaron como paralizados de indignación al ver á un hombre; los criados lanzaban el chillido de los funerales, y los eunucos, palidecían bajo su piel negra.

Matho, estaba detrás de los balaustres. Envuelto en el zaimph parecía un dios sideral, rodeado del firmamento. Los esclavos iban á lanzarse sobre él. Salammbó les detuvo.

—¡No le toquéis! ¡es el manto de la diosa!

Había retrocedido, pero adelantó un paso hacia él, y extendiendo un brazo desnudo:

—¡Maldición sobre tí que has robado á Tanit! ¡Odiol ¡venganza! ¡mortandad y dolor! ¡que Gursil, dios de las batallas, te destroce! ¡que Mastiman, dios de los muertos, te ahogue! y que el otro—el que no debe nombrarse—te quemel

Matho, lanzó un grito como si recibiera una estocada. Salammbó repitió muchas veces:

—¡Vete, vete!

Los criados se apartaron, y Matho, bajando la cabeza, pasó lentamente entre ellos; en la puerta, se detuvo, pues la franja del zaimph se había enganchado á una de las estrellas de oro del pavimento. Le arrancó con un brusco movimiento, y bajó las escaleras.

Spendio, saltando de terraza en terraza y salvando setos, barreras y regueros de agua, escapó de los jardines. Llegó al pie del faro. La muralla estaba abandonada allí porque el acantilado era en aquel sitio inaccesible. Llegó hasta el borde, se tendió boca arriba y con los pies hacia adelante se dejó deslizar hacia abajo. Luego, llegó nadando hasta el cabo de las tumbas, dió una gran vuelta por la laguna salada y por la noche, entró en el campamento de los bárbaros.

Brillaba el sol; Matho, como un león que se aleja, bajaba por los caminos, lanzando á su alrededor terribles miradas.

Un rumor confuso llegaba á sus oídos. Partió aquel rumor del palacio, y llegó hasta el Acrópolis. Unos decían que habían robado el tesoro de la República del templo de Moloch; otros hablabán de un sacerdote asesinado;

aquellos afirmaban que los bárbaros habían entrado en la ciudad.

Matho, que no sabía como salir de los recintos, caminaba sin vacilar en línea recta. Cuando advirtieron su presencia, se oyó un clamor terrible. Todos comprendieron lo que ocurría; fué una consternación primero, después una inmensa cólera.

Del fondo de los Mappales, de las alturas del Acrópolis, de las catacumbas, de las orillas del lago, acudían hombres y hombres. Los patricios salían de sus palacios, los vendedores de sus tiendas, las mujeres abandonaban sus hijos. Todos cogían hachas, palos, espadas, pero el obstáculo que detuvo á Salammbó les detenía también á ellos. ¿Cómo cogerle el velo? Su sola vista era un crimen; era de la propia substancia de los dioses y su contacto producía la muerte.

En el peristilo de los templos, los sacerdotes desesperados se retorcian los brazos, los guardias de la Legión galopaban al azar; la gente subía á los terrados de las casas, sobre los hombros de los colosos, sobre los mástiles de los navíos. Pero Matho adelantaba, y á cada paso aumentaban su rabia y su terror. Las calles, quedaban desiertas cuando se aproximaba, y aquel torrente de hombres que huían, llegaba hasta la cima de las murallas. Por todas partes sólo veía ojos dilatados como para devorarle, dientes que crugían, puños amenazadores, y las imprecaciones de Salammbó resonaban multiplicándose.

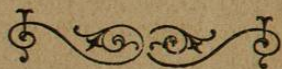
De repente silbó una larga flecha. Después otra; pasaron zumbando las piedras, pero los proyectiles mal dirigidos porque se temía tocar al zaimph, no alcanzaban á Matho. Por otra parte servíale de escudo el velo sagrado; le tendía á derecha, á izquierda, delante, detrás, y sus enemigos, no sabían como aprisionarle. Cada vez andaba más aprisa. Metiéndose por las calles que le parecían abiertas, pero á veces las encontraba cerradas al final por cuerdas y obstáculos de toda especie. Llegó á la plaza de

Khamon, donde murieron los baleares. Matho se detuvo palideciendo como el que se siente morir. Aquella vez estaba perdido; la multitud aplaudía.

Corrió hasta la gran puerta que estaba cerrada. Era muy alta, de roble, con clavos de hierro, y chapeada de cobre. Matho trató de abrirla. El pueblo aullaba de alegría viendo la impotencia de su furor. Entonces tomó su sandalia, escupió en ella y abofeteó las inmóviles hojas. La ciudad entera lanzó un clamor. Parecían haber olvidado el velo. Iban á matarle. Matho paseó sobre la multitud una mirada vaga. Sus sienes latían con fuerza inusitada, aturdiéndole; sentía el sopor de los borrachos. De repente se fijó en la larga cadena que había para hacer mover la báscula de la puerta.

De un salto, se colgó á ella, poniendo rígidos los brazos, y afianzándose con los pies; las enormes hojas se entreabrieron.

Entonces, quitóse del cuello el gran zaimph, y lo levantó cuan alto pudo de su cabeza. El manto, sostenido por el viento del mar, resplandecía al sol mostrando sus colores, sus pedrerías y la figura de sus dioses. Matho, llevándole así, atravesó toda la llanura hasta las tiendas de los soldados, y el pueblo, en las murallas, miraba alejarse la fortuna de Cartago.



VI

Hannon



¡DEBÍ robarla!—decía por la noche Matho á Spendio,—¡era preciso cogerla y arrebatársela de su casa! ¡nadie se hubiera atrevido á oponerse á mi paso!

Spendio no le escuchaba. Tendido de espaldas, reposaba con delicia junto á una jarra llena de hidromiel en la que, de cuando en cuando, metía la cabeza para beber más abundantemente.

Matho añadió:

—¿Qué hacer? ¿Cómo volver á Cartago?

—No lo sé,—contestó Spendio.

Aquella impasibilidad le exasperaba, y exclamó:

—¡La culpa es tuya! ¿Me arrastras, y luego me abando-